

IMPENITENCIA FINAL.

I.

Queritis me, et in peccato vestro moriemini.

Me buscareis, y morireis en vuestro pecado.

(JOAN. VIII, 21.)

Si no os habeis estremecido, amados oyentes, al oirme pronunciar estas palabras, las más terribles sin duda que se leen en nuestras divinas Escrituras, no hallo en toda la religion verdad alguna que sea capaz de moveros. Por lo que á mí toca, confieso, que estoy lleno de temor; y me parece, que para manifestaros unas amenazas tan terribles, ántes debia usar de precauciones, para evitar el terror excesivo que pueden infundir en las almas, que valerme de expresiones para avivar la atencion y el temor.

Y á la verdad, no os anuncia hoy Jesucristo calamidades públicas; lo que se os anuncia es, el abandono de Dios y la impenitencia final; lo inútil y despreciable de los esfuerzos para volverse al Señor en la última hora; la reprobacion consumada en aquel momento fatal; y que una alma, que tanto tiempo ha sido infiel á la gracia, será, por último, llevada cautiva de su pecado.

Esta es la deplorable suerte de tantos fieles, que, ó desprecian los caminos de salvacion, ó esperan entrar en ellos en la última hora; esta es la suerte de la mayor parte de los pecadores que me oyen; y ésta será la vuestra, amados oyentes míos, si dilatais el convertiros al Señor.

¡Gran Dios! ¿dónde está vuestra bondad, cuando abandonais al pecador en aquella última hora? Sus lágrimas, sus sollozos, su boca, que besa, temblando, la sagrada señal de su eterna salud, sus promesas de penitencia, ¿nada de esto ha de poder mover entónces vuestra piedad? Hermanos míos, no pongamos límites á sus infinitas misericordias. El Señor puede compadecerse, pero, vosotros no le movereis á compasion; él mismo avisa, que no teneis que esperarle: *Yo me*

voy, vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado. A todos os lo dice en general, y á cada uno de vosotros en particular, de cualquier edad, de cualquiera sexo y de cualquiera clase que seais.

Demasiado terrible es esta materia, para buscar otro asunto mas, que el que explican las mismas palabras de Jesucristo. Si esperais el convertiros para la hora de la muerte, morireis en vuestro pecado. Esta terrible verdad me lleva toda la atencion, y así os la propongo con toda sencillez. Si dilatais, pues, vuestra conversion hasta aquella hora, morireis en vuestro pecado, porque entónces ya no estareis en estado de buscar á Dios y de volveros á su Majestad. Porque, aún supuesto, que os hallaseis en estado de buscarle, y que hicieseis esfuerzos para volveros á él, éstos serian inútiles, y no podriais hallarle. Necesito de las luces del Espiritu Santo; pidámoslas por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Si dilatais vuestra conversion hasta la muerte, morireis en vuestro pecado, porque la penitencia, en aquella última hora, casi siempre es imposible. No estareis, pues, entónces en estado de buscar á Jesucristo, porque, ú os faltará tiempo, ó caso que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males; ó, finalmente, porque, aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos, que entónces no podreis vencer. Escuchad atentamente estas importantes verdades. Dije, primeramente, que es imprudencia el dilatar el negocio de vuestra conversion para un tiempo, que Dios no os ha prometido, y que está continuamente negando á pecadores ménos culpables que vosotros. Porque, ¿quién os ha asegurado, de que la muerte vendrá con lentitud, y que no caerá repentinamente sobre vosotros, como una águila cruel sobre la presa, cuando está más descuidada? ¿Quién os ha dicho, que el Señor os avisará desde léjos, que ha de enviar siempre su ángel para preservaros, y que una caída repentina, un naufragio impensado, un edificio que caiga sobre vosotros, un golpe casual, un enemigo traidor, un criado infiel, y otros muchos accidentes, no cortarán, en un instante, el hilo de vuestra vida, y os precipitarán al abismo en la flor de vuestros años?

Pues, ¿cuál es vuestra ceguera, hermanos míos, en hacer, que dependa vuestra salvacion de una cosa, que es en la que ménos podeis fiar en el mundo! Si para el feliz éxito de una empresa contarais con la prudencia de vuestras medidas, con el socorro de vuestros amigos ó dependientes, con vuestra clase, con vuestras riquezas, con vuestro crédito, ó con vuestro poder, prodriais confiar en todas estas co-

sas: pero, contais con el tiempo. ¡Ah! ¿quién podrá salir fiador de él? ¡Oh Dios mio! Vos, que sois el que únicamente pone límites á la vida de cada uno de nosotros.

Pero, demos que se os conceda el tiempo. ¿Os permitirá entónces la confusion; en que os hallareis, el buscar á Jesucristo? Decidme, ¿qué puede hacer entónces una alma pecadora, consumida de dolores, desfallecida con el peso y con la multitud de sus males, y que apenas tiene la vida suficiente para animar su cadáver? ¿Os parece, que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que se traba y entorpece, con una memoria que se confunde, con un corazon que se deshace, os parece que, en este estado, puede un pecador registrar los abismos de su conciencia? ¿Quereis que pueda conocer con claridad sus sacrilegios, sus escándalos, sus venganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas, en que siempre ha vivido; aquellos estorbos, acerca de los cuales nunca se ha explicado bien; y, en una palabra, que entre en unos cuidados y en unas menudencias, para las que apenas bastarian el espíritu más sereno y la más entera razon? Si Dios, por su misericordia, deja entónces algunos instantes libres al moribundo, emplea unos momentos, tan preciosos y tan decisivos para su eternidad, en disponer de su sucesion y en arreglar la casa terrena; los parientes, los hijos codiciosos, se dan priesa á aprovecharse del tiempo, para hacerle que declare sus últimas intenciones; los cuidados de la conciencia se dejan para otro tiempo ménos proporcionado; y el negocio de la eternidad es el último de todos. Entónces llaman al ministro de Jesucristo, porque es preciso esperar á que el enfermo casi no conozca, para que no se asuste al verle llegar; entretanto, el mal insta, ya no se puede esperar del pecador una relacion exacta de sus desórdenes, es preciso contentarse con algunas voces vagas y mal coordinadas, que casi se le sacan por fuerza; le decimos que se arrepienta, pero, ¿quién sabe si lo oye? Le pedimos alguna señal de dolor; levanta sus ojos moribundos; se esfuerza en vano para mover una lengua ya inmóvil; dice que sí con la cabeza; nos parece que le hemos entendido; pero ¿quién sabe si se entiende él á sí mismo? Llega la muerte, y espira el pecador. ¡Gran Dios! ¿qué sucede entónces á aquella alma? ¿Qué halla, al tiempo de salir de su morada terrena?

El Señor os avisa en las divinas Escrituras, que vuestro fin será semejante á vuestras obras: *Quorum finis erit secundum opera ipsorum* (II Cor. xi, 15). Si habeis sido deshonestos en vuestra vida, morireis como tales; si habeis sido ambiciosos, morireis sin que muera en vuestro corazon el amor al mundo y á sus falsos honores; si

habeis vivido tibios, sin vicios ni virtudes, morireis con tibieza y sin compuncion; si habeis vivido irresolutos, formando continuamente proyectos de penitencia, sin ponerlos jamás en ejecucion, morireis llenos de deseos y vacíos de buenas obras; si habeis vivido inconstantes, siendo tan presto del mundo como de Dios, tan presto sensuales como penitentes, gobernándoos siempre por vuestro gusto y por la inclinacion de un génio inconstante y ligero; morireis en estas deplorables alternativas, y vuestras lágrimas, en la hora de la muerte, serán de la misma especie que las de vuestra vida; esto es, vuestro arrepentimiento será pasajero y superficial; vuestros suspiros nacerán de un corazon tierno y sensible, pero no de un corazon penitente: en una palabra, morireis en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini*. En aquel pecado, en que habeis vivido encenagados tanto tiempo; en aquel pecado, que es más propio vuestro que los demás, porque domina en vuestras costumbres y en vuestro temperamento; en aquel pecado, que os es como natural y del que no habeis conseguido enmendaros en toda vuestra vida. Acab muere impío, Jezabel deshonesto, Saul vengativo, los hijos de Helí sacrilegos, Absalon rebelde, Baltasar afeminado, y Herodes incestuoso. Trabajad, pues, miéntras Dios os concede tiempo; no llegueis á la hora de la muerte con deseos, sino con frutos de penitencia; buscad á Jesucristo miéntras podeis hallarle, porque si dilatais vuestra conversion hasta el fin, no solamente no podreis buscarle, sino que, aún cuando pudierais, no le buscariais; y aún cuando le buscáseis, no le hallariais: *Queretis me et non invenietis, et in peccato vestro moriemini*. Ultima verdad, aún más terrible, reducida á dos reflexiones, con las que probaré, que casi siempre es inútil la penitencia en la hora de la muerte.

2. Dije, primeramente, que en la hora de la muerte, no buscareis á Jesucristo, porque se habrá apartado de vosotros y os habrá abandonado. Es una verdad eterna, que el Señor tiene puestos límites á su paciencia, y que nunca se pueden traspasar estos límites.

Bien sé, que todo el tiempo de la vida presente es tiempo de salud eterna y de propiciacion; que siempre estamos en estado de volvernos á Dios; que en cualquier hora que el pecador se convierta al Señor, su Majestad se convierte á él; esta es una verdad eterna; pero tambien sé, que cada gracia especial de que abusais, puede ser la última de vuestra vida; que Dios se cansa; que no son unos mismos respecto de todos los hombres los límites de su bondad; que despues de haber perdonado tres pecados á Damasco, no quiso perdonar el cuarto; y que, algunas veces, una sola culpa consuma la reprobacion de un pe-

cado. Supuesta esta verdad, tan terrible y tan cierta, se infiere, desde luego, una consecuencia, que no lo es ménos: si la Escritura nos anuncia en todas partes, que Dios, algunas veces, se retira de una alma fiel, y que despues de haber cuidado inútilmente por mucho tiempo de Babilonia, se venga, por último, abandonándola á sí misma, no hay circunstancia en que sea más propia y más justa esta severidad, que cuando el pecador está para morir. Porque, decidme, si despues de haber despreciado un corto número de inspiraciones, deja Dios, algunas veces, entregada el alma á sí misma, ¿qué podeis prometer en aquel último instante, particularmente los que no podreis contaros vuestros dias pasados, mas que por el abuso que habeis hecho de sus gracias?

La paciencia con que sufre al pecador, miéntras goza de salud, ¿seria tan terrible, como nos asegura el mismo Señor en las divinas Escrituras, si viniera á parar en un acto de clemencia? Pero, aún cuando la justicia de Dios no se opusiera á su clemencia en aquel último instante, bastaria solamente la misma naturaleza de la desgracia, que os prometeis para entónces, para que no la esperaseis: porque, no solamente os prometeis la gracia de la conversion, esto es, aquella gracia que muda el corazon, sino que os prometeis tambien la gracia, que nos hace morir en santidad y justicia; la gracia, que consuma la santificacion del alma; la gracia de la perseverancia final: pero, esta gracia es propia de solos los escogidos; es el mayor de todos los dones; es la consumacion de todas las gracias; es la última señal del amor que Dios tiene á una alma; es el fruto de toda una vida inocente y piadosa; y es la corona reservada para los que han peleado legítimamente: Dios, á nadie debe este inestimable favor; ¿y os parece á vosotros, que el beneficio más señalado de todos, ha de ser premio de una vida llena de ingratitudes? ¿Y os atreveis á lisonjearos, que se os concederá esta gracia?

Aún cuando Dios concediera algunas veces esta gran misericordia, en la última hora, á una alma, que hasta entónces hubiera diferido su conversion, digo, que nunca os la concederá á vosotros, que solamente la dilatais hasta aquella hora, porque en ella esperais esta misma misericordia. Es verdad, que pudiera suceder, que un pecador, que en el tiempo de sus desórdenes, nunca hubiera reflexionado acerca de su estado, ni de su salvacion, y que hubiera vivido sin pensamiento alguno de fé, y sin remordimiento alguno de sus culpas; volviese sobre sí en aquel terrible momento, se atemorizase de su pasada insensibilidad, levantara al cielo los ojos bañados de lágrimas, y un corazon nuevamente enternecido; y que el Señor, desde lo alto de sus miseri-

cordias, mirase con ojos propicios á este ciego, que solamente entónces empezaba á abrir los ojos á la luz; pero vosotros, que de esta esperanza formais el funesto motivo de vuestros desórdenes; vosotros, que solamente dilatais la conversion, porque os persuadís, á que tendreis tiempo en la hora de la muerte para volveros á Dios, y que no despreciaréis entónces el Señor vuestro arrepentimiento; vosotros, que os valeis aún de su misma misericordia para ultrajarle, ¿no os haceis indignos de esta gracia especial, por la temeridad con que la habeis esperado? Ninguna cosa pone tanta distancia entre el alma delincuente y la misericordia de Dios, como el señalar dias y momentos á su gracia y á su espíritu, que inspira donde quiere y cuando quiere.

Tal vez direis: todos los dias estamos viendo algunos pecadores, que, despues de una vida llena de desórdenes, dan en la hora de la muerte señales tan vivas y tan seguras de arrepentimiento, que no se puede dudar, de que el Señor se mueva con sus lágrimas, ni de que su dolor borrará todas sus pasadas infidelidades. A este error, con que se lisonjean tantas almas impenitentes, responde Jesucristo por mí, que entónces se le buscará, pero no se le hallará; esto es, que serán despreciadas aún las más claras señales de arrepentimiento que podais dar entónces; que buscareis á Jesucristo, pero, que morireis en vuestro pecado. Última verdad, más terrible aún que las otras, y que no deja al pecador impenitente recurso alguno con que poder lisonjearse.

Confieso, que cuando considero esta terrible verdad, y veo, por una parte, al pecador en la hora de la muerte, buscando á su Dios, y levantando sus manos en accion de suplicar, y por otra, al Dios de las venganzas apartarse de él, y cerrar sus oidos á los gritos de su dolor y á todas las señales de su penitencia, confieso, vuelvo á decir, que en este lance me parece el Señor un Dios terrible, que no necesita del hombre; pongo á mi vista la severidad de sus juicios, y me siento sobrecogido de un secreto horror; pero, por más formidable que entónces parezca su modo de proceder, es justo, y no puede portarse de otro modo con el pecador. No quiero decir, que un solo instante de verdadera penitencia no pueda borrar los delitos de toda la vida; pero, Dios desprecia la penitencia del pecador que está para morir, porque casi siempre es falsa, pues su dolor no es más que un temor puramente natural, que le inspiran el horror del sepulcro, y la memoria de las eternas penas, que entónces se le representan con más viveza. Es verdad que llora, pero, no es tanto por sus culpas, como por sus desgracias; detesta sus desórdenes, pero, no porque sienta la

injurias que con ellos ha hecho á su Dios, sino porque siente los males en que vá á precipitarse; él mismo es únicamente el objeto de su dolor, el fin de sus súplicas, y el motivo de su penitencia.

Pues, consolaos ahora con las señales de arrepentimiento que dan en aquella última hora vuestros amigos y parientes; vivid tranquilos acerca de vuestros desórdenes, miéntras os dura la vida, lisonjeándoos, de que los podreis expiar con una muerte semejante á la suya; decid de un pecador inveterado, á quien entónces atemoriza el espectáculo de los juicios de Dios, que el Señor le concedió la gracia de acabar cristianamente; que, aunque su vida no haya sido muy regular, su muerte ha sido de mucha edificacion; que seríamos felices en morir como él; y que no se debe dudar de que el Señor le haya perdonado. ¡Oh Dios mio! no intento poner límites á vuestra misericordia; pero, oyentes, es verdad que él ha buscado á Jesucristo; mas, ¿le ha hallado? Es verdad que ha suplicado y gemido; mas, ¿ha sido oído del Señor? Vosotros lo esperais así, pero no lo sabeis. Lo que yo sé, es: que entónces buscareis á Jesucristo, y no le hallareis, y que morireis en vuestro pecado. Lo que yo sé, es: que es necesario hacer penitencia, miéntras Dios nos concede tiempo para ello; y que en la última hora, ó no estareis en estado de buscar al Señor, ó, aún cuando le busqueis, no le hallareis, y consiguientemente, si dilatais vuestra penitencia hasta la muerte, morireis en vuestro pecado, porque entónces casi siempre es imposible é inútil la penitencia. Quiera Jesucristo, que no os comprendan estas amenazas, y que, en la última hora, vuestra muerte, semejante á la de los justos, sea un tránsito á la feliz inmortalidad. Amen.

IMPENITENCIA FINAL.

II.

Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.

Vosotros me buscareis, y morireis en vuestro pecado.

(JOAN. VIII, 21.)

Ya se acerca, cristianos, el tiempo de vuestra feliz y dichosa reconciliacion. La más piadosa y amante de las madres, no se contenta con renovar la memoria de la pasion dolorosa, de la inhumana muerte del Salvador, y recordar el apreciable misterio de nuestra maravillosa redencion; se empeña, digámoslo así, en reproducir estas ideas, grabándolas en nuestro corazon de un modo indeleble; desea, que nuestras almas sean lavadas de nuevo con la sangre del cordero immaculado; quiere sacarnos del estado lastimoso de pecadores, y devolvernos la preciosa vida de la gracia y el derecho á la gloria; que teníamos ya del todo perdido. A este fin manda, bajo las penas más rigurosas y dignas de temerse, que todos los fieles se acerquen á purificar sus almas en las aguas de la verdadera penitencia, y que pasen despues á alimentarlas con el pan de los ángeles, con el cuerpo adorable y con la sangre preciosa del hijo de Dios. Y á este fin, nos encarga á sus ministros, que trabajemos en este tiempo con un celo infatigable, en desengañar, instruir y exhortar á sus hijos. Yo pienso hablaros hoy como Jesucristo á las turbas, del castigo más terrible que podemos sufrir en esta vida y en la otra, de la impenitencia final, y del inminente peligro en que nos hallamos, de que el Señor descargue sobre nosotros tan cruel azote, si es que ya no lo ha hecho. Pidamos ántes la gracia necesaria. A. M.

1. Por muy poco conocimiento que tenga el cristiano, de la majestad infinita de Dios, y de la indigna bajeza de sí mismo, no podrá desconocer, que el pecado mortal merece una pena rigurosísima, que

es acreedor á unos castigos demasíadamente terribles, que ha de ser castigado con infinitos tormentos. Estas consideraciones debieran moverle á superar las tentaciones, por más fuertes que se presentasen, y á vencer la violencia de la pasión. Pero, el enemigo, que es el que con astucia infernal excita al pecado, dirige sus principales tiros contra la razón, oscureciéndola, debilitándola y extinguiendo casi del todo sus luces, para que no conozca el peligro, para que no vea su infelicidad, para que nada pueda separar ni detener al hombre en la carrera de sus iniquidades. Así es, que en el vil estado de estupidez y embrutecimiento en que se halla el pecador, nada le hace impresión, sino lo que molesta su cuerpo despreciable. Semejante al jumento, que sin entender las palabras, obedece á pesar suyo al que le castiga con la vara; y al perro, que suelta la presa y sirve con fidelidad á su amo por el solo temor del látigo; así el pecador, rarísima vez abandona su infeliz estado, se arrepiente y convierte á Dios, sin que preceda el justo temor del castigo que merece por su culpa.

Si sois, pues, cristianos, si queréis eximir os de la condenación eterna, á que os habeis hecho acreedores por vuestros pecados, volved la vista á los siglos pasados, examinad con atención lo que sucede en la actualidad, é inferid de ahí, lo que necesariamente ha de suceder. Revolved con diligencia los inmensos volúmenes de la historia, abrid y leed con esmero el instructivo libro de la naturaleza, y reflexionad con la mayor seriedad sobre vosotros mismos. ¡Ah! la primera señal de vida que da el hombre en su nacimiento, es una prueba evidentísima, de las miserias á que nace condenado. El principio de su ser es, por lo comun, el principio de su dolor: nace con trabajo, vive atormentado de la miseria, muere oprimido del dolor.

Tal es el hombre, la obra más perfecta de todo el universo, la criatura más favorecida, la más privilegiada, la más querida del Señor. ¡Ah! no salió de sus manos benéficas en tan triste y lastimoso estado; antes bien, fué criado en la mayor elevación, en la más copiosa abundancia, en la más completa felicidad que pudiera gozar y apetecer sobre la tierra. La muerte, la enfermedad, el dolor, la ignorancia, la concupiscencia, ningún mal es obra de Dios; todos se introdujeron en el mundo, esclavizaron á la naturaleza, oprimieron á la humanidad para castigo del pecador. El impío los llamó con sus palabras, los atrajo con la injusticia de sus obras. Tended la vista por esa multitud innumerable de hombres sumergidos en las aguas del diluvio, confundidos con las bestias, luchando con la muerte, que los arrebató, sin que nadie sea capaz de socorrerlos; pues, en este estado tan terrible los colocó á todos el pecado. Pasad á las cinco ciudades,

tan famosas por su desgraciada suerte; ved las furiosas llamas que en un solo momento se apoderan de todas ellas, consumen sus edificios, abrasan sus campos, reducen á pavesas todo cuanto encuentran; reparad en sus infelices habitantes sobrecogidos de espanto y de terror, que procuran huir, y en todas partes encuentran cerrado el paso; que claman, y nadie los oye; que gritan, y nadie los favorece; que el fuego devorador se introduce por sus miembros y abrasa lo interior de sus entrañas; que en medio de los alaridos más lúgubres, de las blasfemias más execrables, de los más insufribles tormentos, acaban su vida infeliz: pues nadie más que el pecado atrajo sobre ellos tales horrores. En una parte, vereis abrirse repentinamente la tierra y tragar vivos á los hombres: en otra, advertireis, que fuego del cielo los reduce á cenizas; aquí, sentiréis, los efectos de una esterilidad, que ocasiona en los hombres una palidez y extenuación horrorosas; allí, los de una peste insaciable, cuyo objeto parece ser la destrucción del género humano; por este lado, una inundación, que arranca de quicio los edificios más soberbios, que lleva por delante pueblos enteros, que arrebató, deshace, sepulta todo cuanto encuentra al paso; por aquel, una guerra destructora, que inunda la tierra en torrentes de sangre, y lleva á todas partes la desolación, la esclavitud, el hambre, la muerte.

Todos estos trabajos son enviados por el Señor en castigo de los pecados. Nosotros pudiéramos darnos por contentos, si no nos enviara otros; pero, por desgracia, como si todos ellos fueran despreciables, nos amenaza con uno tan excesivo, que no admite comparación. *Querretis me, et in peccato vestro moriemini*: nos dice en el Evangelio de este día: me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado. ¡Terrible, espantosa maldición! Todos los otros castigos son verdaderas gracias, son apreciables beneficios, son grandísimos favores, son azotes dirigidos por su amor y misericordia; todos van encaminados al mayor bien, á la verdadera felicidad del hombre. Pero, la impenitencia final con que hoy nos amenaza, es un castigo dictado por sola su justicia, dirigido expresamente á vengar la ofensa infinita, que le hace el hombre con su pecado; un castigo, del que ningún bien puede esperar el pecador, ántes debe temer irremisiblemente el cúmulo de todos los males; un castigo, que hace inevitable su eterna condenación.

La esperanza, este único consuelo del cristiano pecador, no tiene lugar en el que ha sido abandonado de Dios. Si la Iglesia, dice san Agustín, supiera, quiénes son estos pescadores, jamás ofrecería oraciones por su salvación, porque sabe con evidencia, que son irrevocables.

cables los decretos de Dios respecto á ellos. ¡ Infelices! cada día se irá oscureciendo más su razon, debilitando su voluntad, endureciendo su corazon; para que no conozcan su desgracia, ni procuren librarse de ella, ni hagan caso de los avisos, que estremecen á otros pecadores. Beneficios, promesas, castigos, amenazas, reconvenciones, llamamientos, ejemplos de muertes repentinas... todo es inútil, todo es perdido para el pecador abandonado. Tal vez, iluminado por algun rayo de luz, que superficialmente se presenta á su entendimiento, ó aterrado con una desgracia, que le oprime, aparentará desear el remedio, pedirá el socorro, y, acaso, acudirá á la penitencia á buscar la salud; pero *morirá en su pecado*, porque, pasada la calamidad, olvidada la desgracia, disipado aquel rayo de luz, se endurecerá de nuevo su corazon, como el del rey de Egipto; caerá inmediatamente en su antiguo estado, ó, por mejor decir, se añadirán cada dia nuevos grados á su infidelidad, hasta que venga á sumergirse, no en las aguas del Mar rojo, como aquél, sino en las llamas abrasadoras del infierno. ¿Qué pruebas más evidentes de la voluntad, del poder, de la justicia de Dios, que las que dió Moisés á Faraon? Mas, este desventurado, no llegó á convencerse, por tener ya cerradas del todo á la luz las puertas de su razon, y ser su alma incapaz de un verdadero desengaño. Tembló á vista de las plagas con que Moisés afligió á su pueblo, y principalmente, á la de la muerte repentina de los primogénitos; y dió muestras de reconocer su error, de arrepentirse de su temeridad, de obedecer las órdenes del Todopoderoso. El pueblo hebreo consigue libertad para salir del Egipto; mas, apénas pone el pié fuera de la ciudad, se olvida Faraon de todo lo ocurrido, organiza su ejército, le persigue, llega á la orilla del mar, y se arroja por el camino que sus aguas habian abierto, para que pasase aquél. Mas, ¡ay! apénas se introduce con su ejército, vuelven éstas á juntarse, y todos, sin salvarse uno solo, quedaron sepultados en sus abismos.

¡Espantosa pintura, horrible retrato del pecador constituido en un estado de impenitencia final! ¡Ay! si será mi triste alma una copia de original tan desventurado! ¡Ay de vosotros, si vuestra conducta está representada en la de Faraon! Vuestro término será idéntico al suyo, porque del mismo modo que Moisés habla de aquel rey infeliz, se expresan Isaías y san Pablo, del que se halle en su caso. Igualmente, dicen, le privará Dios de sus inspiraciones, le negará sus gracias eficaces, endurecerá su corazon, le abandonará á sus perversos deseos, le entregará á la más cierta é infalible reprobacion, le dejará morir en su pecado. El miserable vivirá como cristiano, creerá como cristiano, acudirá al sagrado de los sacramentos como cristiano, bus-

cará á Dios como cristiano; pero, morirá en su pecado, porque su fé será muerta, su esperanza vana, su arrepentimiento fingido.

Aterra en verdad lo que anuncia Dios por Jeremías (JEREM. LI, 39) á esta clase de pecadores. Cuando esté más encendido el fuego de sus pasiones, dice, les daré una bebida abundante, dulce y sumamente fresca, que logrará embriagarlos y sumergirlos en el más profundo sueño, en un miserable y eterno letargo, de que nunca despertarán, ni podrán jamás volver á levantarse.

¿En dónde está, pecador, tu religion? ¿dónde la fé de que tanto te glorias, si no das crédito á mis palabras? Repara que el mismo Dios te habla por mi boca. Y si las crees, ¿dónde está tu razon? ¿dónde tu entendimiento? Huyes con tanto cuidado de los peligros, que te expondrían á perder tu hacienda, tu salud, tu reputacion; y ¿no te horroriza el peligro de tu impenitencia final, ántes bien lo buscas tú mismo? Tu vida se ha de acabar sin remedio, y con ella las delicias y prosperidades temporales; pero, resucitarás un dia, desde cuyo infeliz momento empezarás á sentir los resultados de tu locura é insensatez: tu desgracia será entónces irremediable, durará por toda una eternidad.

Pero, la misericordia de Dios, me direis, no tiene límites; su amor á los cristianos es infinito; murió por todos en la cruz, y no es posible, que olvide jamás lo que le costó nuestra redencion. Digase en buen hora, que perecerá el gentil, que se condenará el idólatra, que el ateo será víctima de su incredulidad; mas, el cristiano... ¡Ah! éste, léjos de temer que Dios le desampare, que le precipite en el infierno, debe estar bien persuadido á que será siempre el objeto de su amor. — ¡Funesta credulidad! ¡fatal confianza! ¡maldito error! ¡ilusion perniciosísima! Con que, porque Dios se haya propuesto favorecer á los cristianos, privilegialos, darles las pruebas más terminantes de su amor, ¿han de poder ellos violar impunemente sus leyes sacrosantas; despreciar su respetable poder, burlarse de su majestad infinita?

Los judios fueron, un tiempo, como ahora los cristianos, el pueblo predilecto de Dios, el principal objeto de su benéfica providencia, el depósito de sus tesoros y gracias. Fueron ingratos, y perdonó su ingratitud; volvieron á pecar, y volvió á perdonarlos; se rebelaron tercera y cuarta vez, y no por eso les negó el perdon de sus reincidencias; pero llenaron, por último, la medida, agotaron la paciencia, provocaron la indignacion de Dios; y, desde el fatal momento en que Jesucristo les dijo: *yo me voy; me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado*, quedaron privados de su amor, destituidos de su misericordia, borrados del libro de la vida, y caminan dispersos por todo

el mundo, llevando consigo á todas partes el sello de su reprobacion eterna.

Cristianos eran los apóstoles y elegidos para maestros de la religion del Crucificado ; pero, en el instante que éste dijo al pérfido Júdas (JOANN. XIII, 27): *quod facis, fac citius*, le abandonó, decretó su condenacion, y llegó á verificarse, no obstante que, iluminado por alguna débil luz, que su cariñoso Maestro dirigió aún á su corazon, llegó á conocer su temeridad, á horrorizarse de su ingratitud, á arrepentirse de su sacrilegio, á detestar su codicia, á restituir el precio de su perfidia. No tenia remedio ; ya habia sido abandonado, su nombre estaba ya escrito en el fatal catálogo de los réprobos. Él mismo se anticipó su desgracia con la muerte ; se precipitó ántes de tiempo en las voraces llamas que le han de consumir por una eternidad.

Cristianos somos nosotros, preferidos siempre en el amor de Dios. Nos hemos rebelado ingratos contra él, sin que dejara de amarnos por eso ; ha llamado, por el contrario, sin cesar, á las puertas de nuestro corazon, ha procurado desengañarnos y atraernos á su gracia. Nosotros, ignorantes, hemos continuado, ó mejor, hemos aumentado nuestros desórdenes, abusando de todos sus beneficios, despreciando todos los castigos, burlando todas las amenazas, riéndonos de todos sus avisos ; ó, para decirlo con las palabras del mismo Jesucristo, no hemos creído, que es el Hijo de Dios, el enviado de Dios : no lo hemos creído, negándonos á la doctrina de sus ministros. Por eso nos hemos atraído la terrible maldicion que fulminó contra los judíos : *in peccato vestro moriemini*. Dios nos desampará, nos abandonará completamente ; nos privará de su gracia, nos entregará á los perversos deseos de nuestro corrompido corazon, nos dejará correr libremente por el camino de la iniquidad, nos cegará para que no veamos el peligro, endurecerá nuestro corazon.

Suspended, Señor, por un rato, la ejecucion de vuestro decreto. Dirigid compasivo los ojos á las lágrimas que vierten los de estos infelices ; atended á la sinceridad con que claman á las puertas de vuestra misericordia ; escuchad los gemidos con que os piden el perdon de todas sus culpas. Concedednos un espíritu de contricion, para detestar nuestras culpas, el don de lágrimas para llorarlas, la resolucion para confesarlas con ingenuidad, y una gracia eficazísima, por la cual cumplamos tan fielmente nuestros deberes, que os obliguemos á cumplir vuestra promesa, de dar la gloria al que así lo hicierre. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

IMPENITENCIA.—Vivir en la impenitencia es un presagio de mala muerte.

Morir en la impenitencia es el mayor castigo de una mala vida.

IMPENITENCIA.—Los pecadores que corren ménos peligro de ser impenitentes, son : los que se amedrentan de las faltas más leves.

Los pecadores más expuestos á incurrir en la impenitencia, son : los que saben mostrarse y ser indiferentes á los mayores crímenes, sin experimentar el menor remordimiento.

Véase : CONVERSION DIFERIDA.

IMPIEDAD ; véase : INCREDULIDAD.

IMPORTANCIA DE LA SALVACION ; véase : SALVACION.

IMPRECACIONES Y MALDICIONES.

Exclamantes voce magna... impetum fecerunt unanimiter in eum.

Clamando con gran griteria... todos á una arremetieron contra él.

(ACT. VII, 56)

Hablando de ciertos hombres, dijo el Salmista, que tenian la lengua tan aguda como la de la serpiente, y que debajo de sus labios ocultaban el veneno de los áspides: *Acuerunt linguas suas sicut serpentis, venenum aspidum sub labiis eorum* (PSALM. CXXXIX, 4). En mi concepto, estas palabras á nadie pueden aplicarse mejor, que á los pérfidos judíos. Con efecto; aparece entre ellos el Hijo de Dios humanado; y aunque con increíble caridad les hace experimentar á cada instante los benéficos efectos de su misericordia, y les inculca las sublimes máximas de su doctrina celestial, esto no obstante, no re-